SUPLEMENTO DE Página/12

Año 1 - Nº 54 - Jueves 16 de enero de 1992

# METROPOLIS

Alejandro Elías

Entre los orgullos locales —nativos o por (ad)opción— se contaba el mito del insomnio porteño, hace pocos años reciclado bajo la denominación de movida. Dice el tango que ''ya no sos mi Margarita'', y buenas razones hay para sospechar que eso le pasa al otrora off Buenos Aires.

## DE DIA ESTABAMOS MEJOR

# LA TAN MENTADA NOCHE PORTEÑA

Durante mucho tiempo se sostuvo que Buenos Aires era la ciudad que nunca dormía, y esa creencia funcionó como jactancia porteña. Ahora, triste es decirlo, la metrópolis descansa como la que más, con excepción de algunos focos de resistencia o sonambulismo que, como se dice, no le quitan el sueño a nadie.

Mario Manusia



## Cemento

# OTRA QUE FREDDY KRUGER

(*Por. P. R.*) "Cemento es claustrofóbico, es una resonancia de la oscuridad. Hay muchos fantasmas coaligados en contra de uno. Acá todo es down. Un maremágnum de horror, no abarcable y de mucho vértigo", dice en forma pausada Omar Chabán, junto a la barra. Viste un sombrero de fieltro gangsteril, saco blanco, patalones verde esmeralda con motivos negro y zapatos de charol afilados en las puntas. Por todo el salón giran enormes ventiladores de techo. El dueño de Cemento parece una mezcla de Robert De Niro personificando a Louis Cyfer (Lucifer, claro) y del Mickey Rourke que no recuerda haber pactado con el diablo, en *Corazón satánico*, la película de Alan Parker.

Los forcejeos cíclicos continúan en la puerta a pesar de que la banda ya comenzó a tocar y que no se rebaja ni un céntimo de los diez pesos que sale la entrada. "Cemento no es lo que debiera —se queja Diego—. Hace dos años venía gente del palo. Ahora, en cambio, ves que la gente no cambia. Es la misma, toque quien toque." Una masa de público compacta desciende a la pista de baile, donde está ubicado el escenario. Con ella ruedan las botellas y los vidrios tintinean y crujen bajo el peso de esta verdadera aplanadora humana. Hay rock. La temperatura se eleva: Cemento es sinónimo de transpiración. Jóvenes con el torso descubierto trepan a las cajas de los parlantes o al escenario para bailar, manotear un micrófono o abrazar a los músicos. Si tienen suerte, al volar en palomita caen sobre un colchón de público bailando pogo. Si no, dan con la cabeza en el piso con el golpe seco. Una chica enojada, cuenta que "la semana pasada levanté a un chabón del suelo con ciento veinte pulsaciones por minuto y la cabeza partida. Nadie del lugar quería dar una mano". En cambio, abundantes manos se sobrepasan con las curvas ajenas durante el frenesí. De pronto, un notorio hueco se abre en medio de tantos cuerpos amontonados. Acostado en el suelo y estirado en toda su humanidad, alguien fuma un cigarrillo mirando al techo, mientras escucha la música. No parecen preocuparle los pisotones.

Cada cinco temas los grupos deben hacer una interrupción de unos quince o veinte minutos para que el negocio del bar rinda. Es lo conveniente. Cada vez que el recital alcanza un clímax se corta, y a la vez favorece los desmanes por exceso de alcohol. "Ellos —por los dueños del local— tendrían que ponerse en nuestro lugar. Si me venden cinco, siete, diez botellas de vino, que no me pidan que esté sobria. Tendrían que poner un límite. Decirte: 'No hermano, no te vendo hasta que bajes un poco'. Así se evitarían muchos problemas", se defiende Estrella, poco afecta al autocontrol. A su lado el novio de ciento veinte kilos, enfundado en una campera de cuerpo, con cadenas plateadas, cinturones de tachas y abundantes rulos metaleros, asiente con tranquilidad. Un rayo de neón atraviesa a lo ancho el salón del bar y enormes extractores de chapa entuban el aire calcinado.

Al regresar a escena la banda, se repite la marea de vidrio molido, esta vez con mayor sonoridad por las botellas agregadas. Banderas de Lanús y Hurlingham llegan hasta los músicos para que se sequen el sudor y las vuelvan a arrojar a la platea. Los palillos partidos y las púas son trofeos cotizados. El recital toma ritmo.

Mientras los músicos y el público establecen su vínculo, Omar Chabán explica, a su entender, el secreto que le permitió mantener abierto Cemento durante cinco años: "En el lugar funciona una especie de paternidad. Yo me coloco a distancia. Nunca dejo que se relacionen conmigo. Mirá, acá vienen asesinos, tipos duros, de las villas —supone—, no hay casi control y nunca pasa nada. Porque soy el tipo más inteligente de la Argentina para reprimir. Entrené mi mirada durante mucho tiempo para eso. Nunca me pusieron una mano encima... Una cosa que lamento es que los críticos no hayan valorado el teatro que se hace en Cemento, y que es exquisito." Del fondo llega un "Ay, canta y no llores, porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones", en tiempo de cuatro por cuatro.

Termina el recital, la gente se desconcierta. A algunos muchachos el sueño los alcanzó en las gradas del bar. Chabán comenta: "Muchas veces viene la policía y se los quiere llevar. Pero yo no lo permito. ¿Hay algo mejor que dormir bien en la casa de un amigo?".

## Paladium o las discos

# GUARDERIA NOCTURNA

(*Por Juan Lepes**) Se sabe que existió una gran pasión noctámbula en Buenos Aires. Siempre fue habitual una legión de nocheros en la calle hasta bien entrada la mañana. Hoy, sin embargo, las aves nocturnas prefieren desarrollar estas actividades en locales cerrados: discotecas, pubs, bares y recintos de todas las ondas, tendencias y estéticas imaginables.

Quienes han perdido su espacio son aquellos cuarentones casi míticos que reinaban en los 50 y los 60, petiteros que quemaban llantas e ideologías en picadas y paseaban señoritas como trofeos de caza en sus coches. Los 70 fueron el fin de la utopía del hippismo. Todo pasaba por las casas, las calles eran peligrosas, la gente desaparecía, los lugares de moda eran pequeños y privados y seguros: Mau Mau o Experiment son emblemas de ese tiempo.

Los 80 representan la apertura, lo grande, lo ostentoso. Nacen las macrodiscotecas, en un principio como copia de esos lujosos y exclusivos lugares, pero en una escala gigantesca. Lo masivo invade la ciudad: la moda, las marcas, lo aparente —*fashion*—, pero sin una propuesta distinta. Por fin, el bar Einstein hace un quiebre cultural y estético hacia la modernidad, la performance y la experimentación. Le sigue Cemento, pero esa potente propuesta se diluye hasta que Paladium logra imponer y conservar un equilibrio entre el contenido, la propuesta y lo comercial. En esta concepción, la arquitectura, los famosos y las apariencias pasan a un segundo plano: los asistentes son las estrellas y los verdaderos héroes.

Es muy marcada la diferencia en el tiempo de estos lugares clásicos. Se pueden definir claramente épocas como la de Mau Mau, como la de New York City después, como la de Paladium luego, y su ruta.

Pero hoy la movida la tienen los adolescentes, que son los que han desplazado y ocupado todos los espacios. Ninfas con minifaldas de escándalo y tops de infarto pululan por las noches sin que se pueda distinguir si tienen catorce o veinticinco años. Las discotecas son hoy verdaderas guarderías, en comparación con aquellos lugares de bebedores de whisky de los 60. Ahora los yogurines prefieren las bebidas light, el champagne y la cerveza.

Casi todos los lugares nocturnos tienen hoy un cancerbero, semidiós dotado de increíbles poderes: el portero, que con imperceptibles movimientos franquea el paso o expulsa al rigor del destierro a los indeseables. Uno puede ser un indeseable por detalles lábiles, como usar zapatillas importadas o no tenerlas, por estar solo o acompañado, por ser un careta o por no serlo, por usar colita o no, por sonreír con servilismo al hombre de la puerta o hacer como si no existiese.

Una vez que se logró pasar esta frontera se destaca la impresionante presencia de *los de seguridad*, gigantes con cara de pocos amigos condenados a mirar inmutables las diversiones ajenas sin participar de ellas. Otro puesto sacrificado es el del señor o la señora que vigila los baños, para que nadie ose realizar actividades que no sean las estrictamente fisiológicas. Completan este equipo las Relaciones Públicas, personajes nómades e itinerantes que tienen el poder de invitar o ser la llave para acceder a estas catedrales de la noche, asediados, mimados u odiados mientras dure el brillo efímero de su influencia.

Casi nada puede pasar sin que estos equipos de profesionales variopintos lo sepan. La flexibilidad o el rigor sólo depende de las órdenes que den los titulares de los locales.

Por todo esto se puede afirmar, para la tranquilidad de padres y autoridades, que no existe un lugar más seguro en la noche porteña que una discoteca. Son verdaderas guarderías que permiten controlar todo lo que pasa, guarnecida por un verdadero ejército que vela por la seguridad de los habitués y donde prevalece el lenguaje del cuerpo y la comunicación no verbal.

Personalmente, creo que esta cultura discotequera de macro y mega dancings que ha caracterizado a los años 80 está en vías de franca desaparición. Los 90, aunque con retraso, inventarán propuestas diferentes y más inteligentes para un público aburrido que espera verse reflejado en un nuevo espejo. Tengo para mí que eso que viene se mueve en claro dos por cuatro.

* *Editor, diseñador y dueño de la discoteca Paladium.*



## Babilonia

# LA TIEN

(*Por Pablo Reyero*) La frescura del jazmín impacta contra el seno turgente. Los ojos fijos y la boca a punto de babearse concentran hasta la última fila de espectadores. El cisne vuelve a la polvera, se sumerge en el talco y se clava de una caricia en el pezón. Las volutas del polvo blanco resaltan contra el fondo oscuro del ambiente. Ahora sus dedos escrutan el misterio de otra mujer. Labios, lenguas, corroen soutiens que caen. Alrededor de los pies desnudos las bragas rozan el suelo. "Emilio, ¿pensás seguir viendo mucho más?", sibilan sus labios fruncidos mientras con los brazos la sesentona tironea de los anteojos de un marido ansioso de seguir espiando por el agujerito de la cabina. Una partenaire de nombre Héctor —alias B. B. Veneno— enfundada en estricto look negro incita al público desde un escenario-balcón a aullar un gran orgasmo colectivo. "...aaaAAAAAAAAAAhhhggggg-ghhhh...", resuena en las paredes de Babilonia uno de los tantos *Fragmentos de una Herótica, Primera Feria del Erotismo en la Cultura*; es un decir.

Dos pitonisas quitan el velo del devenir libidinal sin mostrar una sola de sus curvas —hecho insólito en esta muestra carnal— y exhiben sin disimulo una agenda más que recargada de deseos de extraños. Es que, quizás, algún trapito sobre las zonas cachondas siga atrayendo más que una desnudez sublimada vía intelecto: a esta mona le birlaron las sedas.

Latas de cerveza ruedan por aquí y allá entre las manos de porteños, amantes del psicoanálisis y las buenas costumbres, bellas jóvenes de ojos rigurosamente delineados y mucho rimmel y mucha sombra y mucho rouge violeta en sus bocas besuqueiras, y algunos gringos en visita turística y por lo visto medio extraviados. El mundillo del teatro independiente culturoso llegó al Abasto para quedarse hasta marzo, con una buena idea de Javier Margulis traducida en propuestas desparejas, sumamente pautadas. Más que facilitar el libre fluir de Eros, se encargan de conducirlo lejos del margen de lo imprevisto. "Esta es una ciudad poco sensual, entre la humedad y el calor te mata", define un joven a la hora de medir la intensidad general. El público se abarrota frente a la boletería, ansioso, como a punto de animarse y saltar a un abismo de placer. Una vez dentro de la Feria se tensiona ante el mínimo roce.

Durante mucho tiempo se sostuvo que Buenos Aires era la ciudad que nunca dormía, y esa creencia funcionó como jactancia porteña. Ahora, triste es decirlo, la metrópolis descansa como la que más, con excepción de algunos focos de resistencia o sonambulismo que, como se dice, no le quitan el sueño a nadie.

Mario Manusia

## Cemento

# OTRA QUE FREDDY KRUGER

**(Por. P. R.)** "Cemento es claustrofóbico, es una resonancia de la oscuridad. Hay muchos fantasmas coaligados en contra de uno. Acá todo es down. Un maremágnum de horror, no abarcable y de mucho vértigo", dice en forma pausada Omar Chabán, junto a la barra. Viste un sombrero de fieltro gangsteril, saco blanco, patalones verde esmeralda con motivos negro y zapatos de charol afilados en las puntas. Por todo el salón giran enormes ventiladores de techo. El dueño de Cemento parece una mezcla de Robert De Niro personificando a Louis Cyfer (Lucifer, claro) y del Mickey Rourke que no recuerda haber pactado con el diablo, en *Corazón satánico*, la película de Alan Parker.

Los forcejeos cíclicos continúan en la puerta a pesar de que la banda ya comenzó a tocar y que no se rebaja ni un céntimo de los diez pesos que sale la entrada. "Cemento no es lo que debiera —se queja Diego—. Hace dos años venía gente del palo. Ahora, en cambio, ves que la gente no cambia. Es la misma, toque quien toque." Una masa de público compacta desciende a la pista de baile, donde está ubicado el escenario. Con ella ruedan las botellas y los vidrios tintinean y crujen bajo el peso de esta verdadera aplanadora humana. Hay rock. La temperatura se eleva: Cemento es sinónimo de transpiración. Jóvenes con el torso descubierto trepan a las cajas de los parlantes o al escenario para bailar, manotear un micrófono o abrazar a los músicos. Si tienen suerte, al volar en palomita caen sobre un colchón de público bailando pogo. Si no, dan con la cabeza en el piso con el golpe seco. Una chica enojada, cuenta que "la semana pasada levanté a un chabón del suelo con ciento veinte pulsaciones por minuto y la cabeza partida. Nadie del lugar quería dar una mano". En cambio, abundantes manos se sobrepasan con las curvas ajenas durante el frenesí. De pronto, un notorio hueco se abre en medio de tantos cuerpos amontonados. Acostado en el suelo y estirado en toda su humanidad, alguien fuma un cigarrillo mirando al techo, mientras escucha la música. No parecen preocuparle los pisotones.

Cada cinco temas, los grupos deben hacer una interrupción de unos quince o veinte minutos para que el negocio del bar rinda. Es lo convenido. Cada vez que el recital alcanza un clímax se corta, y a la vez favorece los desmanes por exceso de alcohol. "Ellos —por los dueños del local— tendrían que ponerse en nuestro lugar. Si me venden cinco, siete, diez botellas de vino, que no me pidan que esté sobria. Tendrían que poner un límite. Decirte: 'No hermano, no te vendo hasta que bajes un poco'. Así se evitarían muchos problemas", se defiende Estrella, poco afecta al autocontrol. A su lado el novio de ciento veinte kilos, enfundado en una campera de cuerpo, con cadenas plateadas, cinturones de tachas y abundantes rulos metaleros, asiente con tranquilidad. Un rayo de neón atraviesa a lo ancho el salón del bar y enormes extractores de chapa entuban el aire calcinado.

Al regresar a escena la banda, se repite la marea de vidrio molido, esta vez con mayor sonoridad por las botellas agregadas. Banderas de Lanús y Hurlingham llegan hasta los músicos para que se sequen el sudor y las vuelvan a arrojar a la platea. Los palillos partidos y las púas son trofeos cotizados. El recital toma ritmo.

Mientras los músicos y el público establecen su vínculo, Omar Chabán explica, a su entender, el secreto que le permitió mantener abierto Cemento durante cinco años: "En el lugar funciona una especie de paternidad. Yo me coloco a distancia. Nunca dejo que se relacionen conmigo. Mirá, acá vienen asesinos, tipos duros, de las villas —supone—, no hay casi control y nunca pasa nada. Porque soy el tipo más inteligente de la Argentina para reprimir. Entrené mi mirada durante mucho tiempo para eso. Nunca me pusieron una mano encima... Una cosa que lamento es que los críticos no hayan valorado el teatro que se hace en Cemento, y que es exquisito." Del fondo llega un "Ay, canta y no llores, porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones", en tiempo de cuatro por cuatro.

Termina el recital, la gente se desconcierta. A algunos muchachos el sueño los alcanzó en las gradas del bar. Chabán comenta: "Muchas veces viene la policía y se los quiere llevar. Pero yo no lo permito. ¿Hay algo mejor que dormir bien en la casa de un amigo?".

## Paladium o las discos

# GUARDERIA NOCTURNA

**(Por Juan Lepes*)** Se sabe que existió una gran pasión noctámbula en Buenos Aires. Siempre fue habitual una legión de nocheros en la calle hasta bien entrada la mañana. Hoy, sin embargo, las aves nocturnas prefieren desarrollar estas actividades en locales cerrados: discotecas, pubs, bares y recintos de todas las ondas, tendencias y estéticas imaginables.

Quienes han perdido su espacio son aquellos cuarentones casi míticos que reinaban en los 50 y los 60, petiteros que quemaban llantas e ideologías en picadas y paseaban señoritas como trofeos de caza en sus coches. Los 70 fueron el fin de la utopía del hippismo. Todo pasaba por las casas, las calles eran peligrosas, la gente desaparecía, los lugares de moda eran pequeños y privados y seguros: Mau Mau o Experiment son emblemas de ese tiempo.

Los 80 representan la apertura, lo grande, lo ostentoso. Nacen las macrodiscotecas, en un principio como copia de esos lujosos y exclusivos lugares, pero en una escala gigantesca. Lo masivo invade la ciudad: la moda, las marcas, lo aparente —*fashion*—, pero sin una propuesta distinta. Por fin, el bar Einstein hace un quiebre cultural y estético hacia la modernidad, la performance y la experimentación. Le sigue Cemento, pero esa potente propuesta se diluye hasta que Paladium logra imponer y conservar un equilibrio entre el contenido, la propuesta y lo comercial. En esta concepción, la arquitectura, los famosos y las apariencias pasan a un segundo plano: los asistentes son las estrellas y los verdaderos héroes.

Es muy marcada la diferencia en el tiempo de estos lugares clásicos. Se pueden definir claramente épocas como la de Mau Mau, como la de New York City después, como la de Paladium luego, y su ruta.

Pero hoy la movida la tienen los adolescentes, que son los que han desplazado y ocupado todos los espacios. Ninfas con minifaldas de escándalo y tops de infarto pululan por las noches sin que se pueda distinguir si tienen catorce o veinticinco años. Las discotecas son hoy verdaderas guarderías, en comparación con aquellos lugares de bebedores de whisky de los 60. Ahora los yogurines prefieren las bebidas light, el champagne y la cerveza.

Casi todos los lugares nocturnos tienen hoy un cancerbero, semidiós dotado de increíbles poderes: el portero, que con imperceptibles movimientos franquea el paso o expulsa al rigor del destierro a los indeseables. Uno puede ser un indeseable por detalles lábiles, como usar zapatillas importadas o no tenerlas, por estar solo o acompañado, por ser un careta o por no serlo, por usar colita o no, por sonreír con servilismo al hombre de la puerta o hacer como si no existiese.

Una vez que se logró pasar esta frontera se destaca la impresionante presencia de *los de seguridad*, gigantes con cara de pocos amigos condenados a mirar inmutables las diversiones ajenas sin participar de ellas. Otro puesto sacrificado es el del señor o la señora que vigila los baños, para que nadie ose realizar actividades que no sean las estrictamente fisiológicas. Completan este equipo las Relaciones Públicas, personajes nómades e itinerantes que tienen el poder de invitar o ser la llave para acceder a estas catedrales de la noche, asediados, mimados u odiados mientras dure el brillo efímero de su influencia.

Casi nada puede pasar sin que estos equipos de profesionales variopintos lo sepan. La flexibilidad o el rigor sólo depende de las órdenes que den los titulares de los locales.

Por todo esto se puede afirmar, para la tranquilidad de padres y autoridades, que no existe un lugar más seguro en la noche porteña que una discoteca. Son verdaderas guarderías que permiten controlar todo lo que pasa, guarnecida por un verdadero ejército que vela por la seguridad de los habitués y donde prevalece el lenguaje del cuerpo y la comunicación no verbal.

Personalmente, creo que esta cultura discotequera de macro y mega dancings que ha caracterizado a los años 80 está en vías de franca desaparición. Los 90, aunque con retraso, inventarán propuestas diferentes y más inteligentes para un público aburrido que espera verse reflejado en un nuevo espejo. Tengo para mí que eso que viene se mueve en claro dos por cuatro.

** Editor, diseñador y dueño de la discoteca Paladium.*

Fernando Dvoskin

## Babilonia

# LA TIENDITA DEL AMOR

**(Por Pablo Reyero)** La frescura del jazmín impacta contra el seno turgente. Los ojos fijos y la boca a punto de babearse concentran hasta la última fila de espectadores. El cisne vuelve a la polvera, se sumerge en el talco y se clava de una caricia en el pezón. Las volutas del polvo blanco resaltan contra el fondo oscuro del ambiente. Ahora sus dedos escrutan el misterio de otra mujer. Labios, lenguas, corroen soutiens que caen. Alrededor de los pies desnudos las bragas rozan el suelo. "Emilio, ¿pensás seguir viendo mucho más?", sibilan sus labios fruncidos mientras con los brazos la sesentona tironea de los anteojos de un marido ansioso de seguir espiando por el agujerito de la cabina. Una partenaire de nombre Héctor —alias B. B. Veneno— enfundada en estricto look negro incita al público desde un escenario-balcón a aullar un gran orgasmo colectivo. "...aaaAAAAAAAAAhhhggggghhhh...", resuena en las paredes de Babilonia uno de los tantos *Fragmentos de una Herótica, Primera Feria del Erotismo en la Cultura*; es un decir.

Dos pitonisas quitan el velo del devenir libidinal sin mostrar una sola de sus curvas —hecho insólito en esta muestra carnal— y exhiben sin disimulo una agenda más que recargada de deseos de extraños. Es que, quizás, algún trapito sobre las zonas cachondas siga atrayendo más que una desnudez sublimada vía intelecto: a esta mona le birlaron las sedas.

Latas de cerveza ruedan por aquí y allá entre las manos de porteños, amantes del psicoanálisis y las buenas costumbres, bellas jóvenes de ojos rigurosamente delineados y mucho rimmel y mucha sombra y mucho rouge violeta en sus bocas besuqueiras, y algunos gringos en visita turística y por lo visto medio extraviados. El mundillo del teatro independiente culturoso llegó al Abasto para quedarse hasta marzo, con una buena idea de Javier Margulis traducida en propuestas desparejas, sumamente pautadas. Más que facilitar el libre fluir de Eros, se encargan de conducirlo lejos del margen de lo imprevisto. "Esta es una ciudad poco sensual, entre la humedad y el calor te mata", define un joven a la hora de medir la intensidad general. El público se abarrota frente a la boletería, ansioso, como a punto de animarse y saltar a un abismo de placer. Una vez dentro de la Feria se tensiona ante el mínimo roce.

"Es una sensación nueva que se experimenta con el público", afirma una de las agitadas actrices, quien ante la pregunta: "¿Te excita?", contesta que "el hecho de que me miren por un agujerito es potente, yo no sé si ese ojo es de una mujer o de un hombre. Me los imagino a ellos también en bolas".

Nueve cabinas en las que se desarrollan escenas eróticas de no más de cinco minutos de duración; una hot line de seis teléfonos de plástico rojo que susurra en los oídos propuestos y gemidos; pinturas, maquetas, fotografías y secuencias candentes de películas, son otros fragmentos de esta muestra, que se completa con comidas eróticas y una computadora —infaltable en toda expresión que se pretenda multimedia—, que procesa los datos de compatibilidad erótica de la encuesta P.E.C.A.R. (Programa Erótico-Compatible Automatizado Ratoneante). Ella ofrece la posibilidad de pasar una noche con Marilyn Monroe o David Bowie, en una hamaca paraguaya, balanceándose sobre el agua, mientras una paella de moluscos bivalvos despierta los más bajos apetitos; y los dos están tal como vinieron al mundo, escuchando un bolero del Trío Amado, bajo la luna. Y entonces él o ella dice: "Pégame y llámame Marta".

Los doce pesos que cuesta la entrada, encuentran una explicación en Alejandro Cruz, encargado de prensa del espectáculo: "Son casi setenta personas trabajando, entre actores, directores y videastas". A sus espaldas, un cincuentón se acomoda el cabello platinado para encajar mejor su frente en la mirilla. Busca tal vez un sueño erótico de su juventud, y se sonroja, porque lo encuentra del otro lado, donde una señorita con aires de francesa se masturba sobre una mesa temblorosa. Todo parece indicar que Babilonia orienta hoy su oferta hacia un público distinto del de sus tradicionales noches rockeras.

## El Dorado

# EL AGUA Y EL ACEITE

**(Por Rodrigo Fresán)** Existen varias definiciones —todas ellas válidas— a la hora de arrinconar contra las sogas a la verdad sobre El Dorado: a) es un pescado de río muy popular en la mesa argentina; b) es un color imposible de conseguir con témperas; c) es el primer folleto turístico de la historia a la hora de juntar incautos para devastar el Nuevo Mundo; d) es una de las mejores canciones del rocker psicópata Neil Young; e) es un lugar de moda dentro de los límites de lo que se conoce como "la movida porteña".

La última definición —suele ocurrir— se las arregla para simbiotizar rasgos de aquellas que la precedieron. Así El Dorado —reducto cobijador de cierta intelligentzia underground sito en Hipólito Yrigoyen al 900— es popular, argentino, adicto al color dorado, neo-mundialista, psicópata y, finalmente, con ambiciones multimedistas.

El más nuevo de los bastiones alternativos —abrió sus puertas a mediados del '91 con inusual cobertura por parte de la prensa en general y personalidades en particular— comenzó siendo un nueva encarnación del legendario y bastante más sectario Bolivia y, quizá sin proponérselo, acabó siendo lugar para ver y dejarse ver; una suerte de opción bizarra para New York City donde la gente bien puede sentirse ligeramente transgresora sin problemas y los ligeramente transgresores pueden sentirse —por una vez en la vida— gente bien.

Desde afuera, el lugar se presenta cómodamente desapercibido. A nadie se le pasaría por la cabeza que algo pasa en esa cuadra oscura. Adentro, la impresión inicial del turista accidental es la de haberse perdido en una versión crota —y por lo tanto autóctona— de film de Peter Greenaway. La responsabilidad estética es del ahora exportable hacia Punta del Este, Sergio De Loof, quien defiende de aquello de "que es preciso rescatar el lujo de la pobreza y hacerlo brillar". De ahí la dócil mélange de contadas mesas, atmósfera berlinesa de preguerra y muchos de los nombres que auscultaron el latido alternativo de los 80 —ahora más grandes y, sí, algo más sabios— moviéndose por aquí y por allá con la típica indolencia de quien espera el fin del milenio o el fin del mundo (tache lo que no corresponda). Acceder a la lunga mesa tipo Campanelli que se halla en la cocina significa que se es parte del jet set alternativo o que alguien cree que lo es. Hay un pseudo-salón VIP fácilmente penetrable y hay comida dentro de horarios civilizados —fideos moñitos que alguna vez fueron servidos con resignación por un Batato Barea en tacos altos— y, superados los postres, las mesas se corren, las sillas se voltean y un disc-jockey polimorfo perverso lanza sobre la improvisada arena de baile cumbias, aires andaluces, ambientes de acid-house, disco circa '70, y cosas por el estilo.

Si se llega a El Dorado en día de lluvia, la sensación de haber sido reclutado como marinero por un Noé de modales perversos se acrecienta hasta la exageración: el lugar rebosa de las más diversas bestias —dos de cada una— y por una razón u otra, todos se sienten cómodos y nadie molesta a nadie. Así se pudo ver a actrices en ascenso, músicos en caída, guionistas de telenovelas venezolanas (las mejores del mundo), escritores jóvenes que no lo son tanto, diseñadores de ropa bienalistas, chicas anónimas que acceden a sus quince minutos de fama warholiana porque se juegan con un strip-tease in situ sin pedirle permiso a nada o a nadie, capitostes del periodismo y —una inolvidable noche que nadie se atreve a recordar— convergieron sobre las playas de El Dorado las figuras del ministro Manzano, los Golden Rocket en pleno, Teté Coustarot, Susana Giménez, un par de Macris. En algunos de los tantos relojes daban las tres de la mañana y todo aquel que supo ser testigo del evento tuvo, por unos segundos, la equívoca sensación de que la movida se abrazaba apasionadamente con el establishment.

Después —enseguida— fueron los besos y los bostezos, los bordes iniciales de la resaca, la transpiración que se hacía frío y la puesta en práctica del mandamiento más viejo y eficaz de la Historia cuando se trata del agua y el aceite de la sociedad: *taza taza, cada uno a su casa*.

## Parakultural New Border

# LOS MUCHACHOS DE ENTONCES

**(Por P. R.)** Al llegar a la vieja casona de la calle Chacabuco al 1073, la palabra underground se materializa: "Bajemos a la madriguera", dice Omar Viola, maestro de ceremonias del Parakultural New Border, y desciende en picada por los siete escalones de la boca del túnel. Comienza el Primer Acto. Notas disonantes y percusión minimalista impregnan las manos al tantear la rugosidad de las paredes. La mirada se agudiza en la oscuridad. "Diez metros más", alienta Viola. "Esto no es un show", susurra la cantante por el micrófono, toda envuelta en una única luz mortecina. La banda de rock prueba otra vez con la misma canción y un acople se convierte de improviso en un rabioso solo de guitarra. Pueblan el sótano botas tejanas, camisas floreadas o con rayitas, sacos sport y pantalones de jean; se funden entre las sombras con camperas de cuero gastadas, remeras y pantalones verde-oliva de ocasión y estrictos borcegos. Cabelleras que parecen cortadas a tarascones se entrecruzan con jopos, media-americanas, largos rulos metálicos y pelos lacios con perfumito a crema de enjuague. El maestro de ceremonia bate palmas y trepa por otra escalera. Quedan sus pisadas marcadas en el aserrín.

Una especie de respiradero, con el cielo estrellado por techo, sirve de patio abierto. Los ojos amarillos y penetrantes de un gato tan negro como en un cuento de Poe recuerdan a los punks, heavies, junkies, chetos y demás fauna quién es el amo en este territorio. Alguien sube a una tarima e improvisa a capela un gospel y un blues. Otro le contesta con una armónica desde el sótano. El bar despacha abundante cerveza y todo hace pensar que se trata de un entremés. Una puerta vaivén de doble hoja se traga lentamente a los más curiosos. Al atravesarla se descubre un gran salón con gradas de madera y unas pocas luces direccionales, apagadas. En el centro del espacio una carretilla y en uno de los costados un andamio; como decía Schechner: "Todo el espacio para el espectador, todo el espacio para el actor". Omar Viola muestra sus dedos en V y agrega bajito: "Segundo Acto".

De pronto, un hilo de luz azul baña el camisón de Humberto Tortonese, que duerme en la carretilla. Gritos histéricos avanzan desde el fondo: "¡Nena, ¿otra vez estás soñando?!", y Alejandro Urdapilleta, como una viejita brujilda, termina de aparecer para zarandear a su hija: "Decime, ¿con quién soñabas? Nena... ¿Pecaste?". Una guerra amorosa y terminal se entabla con esta nueva producción, intitulada *Mamita Querida*, en los siguientes cuarenta y tantos minutos. "Sos una tilinga. ¡Y yo que te quise moderna como Raquel Mancini o Araceli González, y no una flacucha fea y esmirridada! ¿Nunca te dijeron que te parecés a Luisa Delfino? ¡Decime qué soñabas!", grita esta madre —prototipo estándar de la esquizofrenia nacional—, al quebrarle la personalidad en tantos pedacitos de vidrio como tiene un caleidoscopio. La joven —Humberto Tortonese— se escuda tras frases en latín y sueños de notoria poesía, en los que vuela desde el piso al andamio, del dolor al deseo. Pero ni siquiera entonces logrará desprenderse del mandato que lleva preñado en su cuerpo: "Y mientras encima mío/ se oiga zumbar la vida como una abeja ebria/ me iré desmenuzando, quieta y en silencio/ y luego seré ceniza bajo la tierra", cita de Juana de Ibarbourou.

...Mientras la gente enfila hacia el bar, para ayudar con líquido la tragada del sapo, Nick Cave ronronea desde la pantalla de un televisor, y el gato hace equilibrio en el borde de la barra. Una morocha en mini y musculosa negras asegura que: "Vengo a ver teatro que me sacuda y conmueva. Pero que también dé para pensar. Este tipo de espectáculos hacen mucha falta en Buenos Aires, donde no pasa nada".

En el salón dos curas se dan consejos, en un popurrí de francés y castellano, acerca de cómo obtener un sonido redondo y cristalino al tocar la campana imaginaria. En el sótano se preparan a ejecutar una música posindustrial con sierras. Pero en el camarín Alejandro Urdapilleta no ha dado por terminado el estreno de *Mamita querida*: "Como diría la revista *Gente Linda*, ésta es una propuesta free. Habla de los sueños, la muerte y la hipocresía. De todo este disparate entre lo que nos dicen que es, y que no es. Nunca hacemos algo que nos sea ajeno. Hacemos lo que se nos canta el orto pero también hablamos de una sociedad de consumo y de otros que no tienen nada, y andan por ahí con la mano extendida para que les den para comprar un choclo... No, choclo no pongas porque está muy caro".

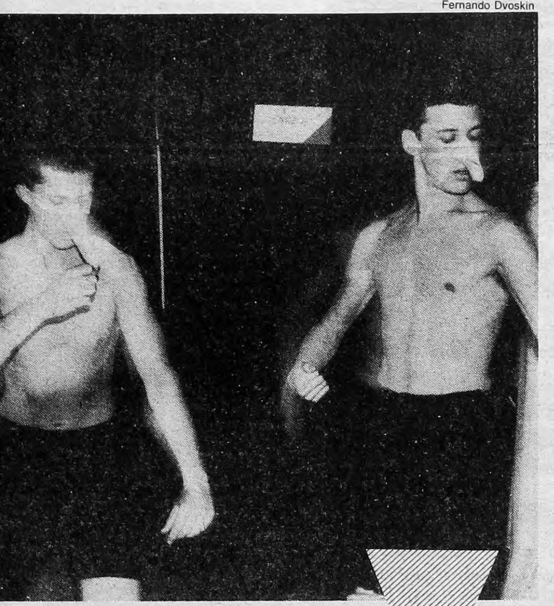
El arte culinario da pie a Humberto Tortonese para agregar su bocadillo: "Ahora nos llamaron del Teatro San Martín, pero a mí no me gusta nada el torturarme en ensayos de obras que no siento. Estudié con Fernandes y Lito Cruz, y la verdad que me aburría. Me dediqué a trabajar haciendo comidas, en eso estaba en Pinamar un verano cuando me llaman del Parakultural para que hiciera alguna. Empecé con unos textos de Beckett. Ahí conocí a Batato y al tiempito nos enganchamos con Alejandro".

A la vez que juega con una manivela de metal, Omar Viola dice: "Una multitud de estímulos simultáneos permite a cada persona armar en su cabeza el espectáculo que más le guste", y se aleja por un decorado de callejas inclinadas y empedrado, sembrado de carrocerías oxidadas y casas tapiadas. Por el absurdo crea un orden con los despojos de esta economía irracional. Fin de la función.

Mario Manusia

BERSUIT VERGARABAT

Fernando Dvoskin



El Dorado

# EL AGUA Y EL ACEITE

**(Por Rodrigo Fresán)** Existen varias definiciones —todas ellas válidas— a la hora de arrinconar contra las sogas a la verdad sobre El Dorado: a) es un pescado de río muy popular en la mesa argentina; b) es un color imposible de conseguir con témperas; c) es el primer folleto turístico de la historia a la hora de juntar incautos para devastar el Nuevo Mundo; d) es una de las mejores canciones del rocker psicópata Neil Young; e) es un lugar de moda dentro de los límites de lo que se conoce como “la movida porteña”.

La última definición —suele ocurrir— se las arregla para simbiotizar rasgos de aquellas que la precedieron. Así El Dorado —reducto cobijador de cierta intelligentzia underground sito en Hipólito Yrigoyen al 900— es popular, argentino, adicto al color dorado, neo-mundialista, psicópata y, finalmente, con ambiciones multimedistas.

El más nuevo de los bastiones alternativos —abrió sus puertas a mediados del '91 con inusual cobertura por parte de la prensa en general y personalidades en particular— comenzó siendo un nueva encarnación del legendario y bastante más sectario Bolivia y, quizá sin proponérselo, acabó siendo lugar para ver y dejarse ver; una suerte de opción bizarra para New York City donde la gente bien puede sentirse ligeramente transgresora sin problemas y los ligeramente transgresores pueden sentirse —por una vez en la vida— gente bien.

Desde afuera, el lugar se presenta cómodamente desapercibido. A nadie se le pasaría por la cabeza que algo pasa en esa cuadra oscura. Adentro, la impresión inicial del turista accidental es la de haberse perdido en una versión crota —y por lo tanto autóctona— de film de Peter Greenaway. La responsabilidad estética es del ahora exportable hacia Punta del Este, Sergio De Loof, quien defiende de aquello de “que es preciso rescatar el lujo de la pobreza y hacerlo brillar”. De ahí la dócil mélange de contadas mesas, atmósfera berlinesa de preguerra y muchos de los nombres que auscultaron el latido alternativo de los 80 —ahora más grandes y, sí, algo más sabios— moviéndose por aquí y por allá con la típica indolencia de quien espera el fin del milenio o el fin del mundo (tache lo que no corresponda). Acceder a la lunga mesa tipo Campanelli que se halla en la cocina significa que se es parte del jet set alternativo o que alguien cree que lo es. Hay un pseudo-salón VIP fácilmente penetrable y hay comida dentro de horarios civilizados —fideos moñitos que alguna vez fueron servidos con resignación por un Batato Barea en tacos altos— y, superados los postres, las mesas se corren, las sillas se voltean y un disc-jockey polimorfo perverso lanza sobre la improvisada arena de baile cumbias, aires andaluces, ambientes de acid-house, disco circa '70, y cosas por el estilo.

Si se llega a El Dorado en día de lluvia, la sensación de haber sido reclutado como marinero por un Noé de modales perversos se acrecienta hasta la exageración: el lugar rebosa de las más diversas bestias —dos de cada una— y por una razón u otra, todos se sienten cómodos y nadie molesta a nadie. Así se pudo ver a actrices en ascenso, músicos en caída, guionistas de telenovelas venezolanas (las mejores del mundo), escritores jóvenes que no lo son tanto, diseñadores de ropa bienalistas, chicas anónimas que acceden a sus quince minutos de fama warholiana porque se juegan con un strip-tease in situ sin pedirle permiso a nada o a nadie, capitostes del periodismo y —una inolvidable noche que nadie se atreve a recordar— convergieron sobre las playas de El Dorado las figuras del ministro Manzano, los Golden Rocket en pleno, Teté Coustarot, Susana Giménez, un par de Macris. En algunos de los tantos relojes daban las tres de la mañana y todo aquel que supo ser testigo del evento tuvo, por unos segundos, la equívoca sensación de que la movida se abrazaba apasionadamente con el establishment.

Después —enseguida— fueron los besos y los bostezos, los bordes iniciales de la resaca, la transpiración que se hacía frío y la puesta en práctica del mandamiento más viejo y eficaz de la Historia cuando se trata del agua y el aceite de la sociedad: *taza taza, cada uno a su casa*.

# DITA DEL AMOR

“Es una sensación nueva que se experimenta con el público”, afirma una de las agitadas actrices, quien ante la pregunta: “¿Te excita?”, contesta que “el hecho de que me miren por un agujerito es potente, yo no sé si ese ojo es de una mujer o de un hombre. Me los imagino a ellos también en bolas”.

Nueve cabinas en las que se desarrollan escenas eróticas de no más de cinco minutos de duración; una hot line de seis teléfonos de plástico rojo que susurra en los oídos propuestos y gemidos; pinturas, maquetas, fotografías y secuencias candentes de películas, son otros fragmentos de esta muestra, que se completa con comidas eróticas y una computadora —infaltable en toda expresión que se pretenda multimedia—, que procesa los datos de compatibilidad erótica de la encuesta P.E.C.A.R. (Programa Erótico-Compatible Automatizado Ratoneante). Ella ofrece la posibilidad de pasar una noche con Marilyn Monroe o David Bowie, en una hamaca paraguaya, balanceándose sobre el agua, mientras una paella de moluscos bivalvos despierta los más bajos apetitos; y los dos están tal como vinieron al mundo, escuchando un bolero del Trío Amado, bajo la luna. Y entonces él o ella dice: “Pégame y llámame Marta”.

Los doce pesos que cuesta la entrada, encuentran una explicación en Alejandro Cruz, encargado de prensa del espectáculo: “Son casi setenta personas trabajando, entre actores, directores y videastas”. A sus espaldas, un cincuentón se acomoda el cabello platinado para encajar mejor su frente en la mirilla. Busca tal vez un sueño erótico de su juventud, y se sonroja, porque lo encuentra del otro lado, donde una señorita con aires de francesa se masturba sobre una mesa temblorosa. Todo parece indicar que Babilonia orienta hoy su oferta hacia un público distinto del de sus tradicionales noches rockeras.

Parakultural New Border

# LOS MUCHACHOS DE ENTONCES

**(Por P. R.)** Al llegar a la vieja casona de la calle Chacabuco al 1073, la palabra underground se materializa: “Bajemos a la madriguera”, dice Omar Viola, maestro de ceremonias del Parakultural New Border, y desciende en picada por los siete escalones de la boca del túnel. Comienza el Primer Acto. Notas disonantes y percusión minimalista impregnan las manos al tantear la rugosidad de las paredes. La mirada se agudiza en la oscuridad. “Diez metros más”, alienta Viola. “Esto no es un show”, susurra la cantante por el micrófono, toda envuelta en una única luz mortecina. La banda de rock prueba otra vez con la misma canción y un acople se convierte de improviso en un rabioso solo de guitarra. Pueblan el sótano botas tejanas, camisas floreadas o con rayitas, sacos sport y pantalones de jean; se funden entre las sombras con camperas de cuero gastadas, remeras y pantalones verde-oliva de ocasión y estrictos borcegos. Cabelleras que parecen cortadas a tarascones se entrecruzan con jopos, media-americanas, largos rulos metálicos y pelos lacios con perfumito a crema de enjuague. El maestro de ceremonia bate palmas y trepa por otra escalera. Quedan sus pisadas marcadas en el aserrín.

Una especie de respiradero, con el cielo estrellado por techo, sirve de patio abierto. Los ojos amarillos y penetrantes de un gato tan negro como en un cuento de Poe recuerdan a los punks, heavies, junkies, chetos y demás fauna quien es el amo en este territorio. Alguien sube a una tarima e improvisa a capela un gospel y un blues. Otro le contesta con una armónica desde el sótano. El bar despacha abundante cerveza y todo hace pensar que se trata de un entremés. Una puerta vaivén de doble hoja se traga lentamente a los más curiosos. Al atravesarla se descubre un gran salón con gradas de madera y unas pocas luces direccionales, apagadas. En el centro del espacio una carretilla y en uno de los costados un andamio; como decía Schechner: “Todo el espacio para el espectador, todo el espacio para el actor”. Omar Viola muestra sus dedos en V y agrega bajito: “Segundo Acto”.

De pronto, un hilo de luz azul baña el camisón de Humberto Tortonese, que duerme en la carretilla. Gritos histéricos avanzan desde el fondo: “¡Nena, ¿otra vez estás soñando?!”, y Alejandro Urdapilleta, como una viejita brujilda, termina de aparecer para zarandear a su hija: “Decime, ¿con quién soñabas? Nena... ¿Pecaste?”. Una guerra amorosa y terminal se entabla con esta nueva producción, intitulada *Mamita Querida*, en los siguientes cuarenta y tantos minutos. “Sos una tilinga. ¡Y yo que te quise moderna como Raquel Mancini o Araceli González, y no una flacucha fea y esmirriada! ¿Nunca te dijeron que te parecés a Luisa Delfino? ¡Decime qué soñabas!”, grita esta madre —prototipo estándar de la esquizofrenia nacional—, al quebrarle la personalidad en tantos pedacitos de vidrio como tiene un caleidoscopio. La joven —Humberto Tortonese— se escuda tras frases en latín y sueños de notoria poesía, en los que vuela desde el piso al andamio, del dolor al deseo. Pero ni siquiera entonces logrará desprenderse del mandato que lleva preñado en su cuerpo: “Y mientras encima mío/ se oiga zumbar la vida como una abeja ebria/ me iré desmenuzando, quieta y en silencio/ y luego seré ceniza bajo la tierra”, cita de Juana de Ibarbourou.

...Mientras la gente enfila hacia el bar, para ayudar con líquido la tragada del sapo, Nick Cave ronronea desde la pantalla de un televisor, y el gato hace equilibrio en el borde de la barra. Una morocha en mini y musculosa negras asegura que: “Vengo a ver teatro que me sacuda y conmueva. Pero que también dé para pensar. Este tipo de espectáculos hacen mucha falta en Buenos Aires, donde no pasa nada”.

En el salón dos curas se dan consejos, en un popurrí de francés y castellano, acerca de cómo obtener un sonido redondo y cristalino al tocar la campana imaginaria. En el sótano se preparan a ejecutar una música posindustrial con sierras. Pero en el camarín Alejandro Urdapilleta no ha dado por terminado el estreno de *Mamita querida*: “Como diría la revista *Gente Linda*, ésta es una propuesta free. Habla de los sueños, la muerte y la hipocresía. De todo este disparate entre lo que nos dicen que es, y que no es. Nunca hacemos algo que nos sea ajeno. Hacemos lo que se nos canta el orto pero también hablamos de una sociedad de consumo y de otros que no tienen nada, y andan por ahí con la mano extendida para que les den para comprar un choclo... No, choclo no pongas porque está muy caro”.

El arte culinario da pie a Humberto Tortonese para agregar su bocadillo: “Ahora nos llamaron del Teatro San Martín, pero a mí no me gusta nada el torturarme en ensayos de obras que no siento. Estudié con Fernandes y Lito Cruz, y la verdad que me aburría. Me dediqué a trabajar haciendo comidas, en eso estaba en Pinamar un verano cuando me llaman del Parakultural para que hiciera alguna. Empecé con unos textos de Beckett. Ahí conocí a Batato y al tiempito nos enganchamos con Alejandro”.

A la vez que juega con una manivela de metal, Omar Viola dice: “Una multitud de estímulos simultáneos permite a cada persona armar en su cabeza el espectáculo que más le guste”, y se aleja por un decorado de callejas inclinadas y empedrado, sembrado de carrocerías oxidadas y casas tapiadas. Por el absurdo crea un orden con los despojos de esta economía irracional. Fin de la función.




Mario Manusia




## CENTRO CULTURAL RECOLETA

**Junín 1930**

### EXPOSICIONES

• *La Conquista, quinientos años por cuarenta artistas,* muestra colectiva y a pulmón a propósito del aniversario de la llegada de los españoles a América, en la que participan: Juan Pablo Renzi, Jorge Gumier Maier, Omar Schiliro, Alfredo Portillos, Anahí Cáceres, Marcelo Pombo, Oscar Smoje, José Garófalo, Carlos Ontiveros, Eduardo Iglesias Brickless, María Inés Tapia, Vera, Jorge Pistocchi, Marcia Schvartz, Varinia Grüner, Elba Bairon, Omar Estela, Liliana Maresca, Norberto Gómez, Luis Freistav, Guadalupe Fernández, Eduardo Stupía, Juan Astica, Tulio de Sagastizábal, Sergio Bazán, José Luis Gestro, Osvaldo Quintero Fraixede, Juan Lima, Pablo Páez, Robert Fernández, Duilio Pierri, Diego Fontanet, Adriana Miranda, Jorge Abecasis, Mariela Govea, Marcos López, Martín Kovensky, Daniel García, Gabriel González Suárez, Alejandro Kuropatuwa y Alberto Heredia. Hasta el 15 de marzo de 1992, de 15 a 21 entre martes y jueves, de 15 a 22 los viernes, de 12 a 22 los sábados y de 12 a 20 los domingos.

### TEATRO

• *El rey se muere,* de Eugène Ionesco, con la interpretación del grupo Pepe Biondi y bajo la dirección de Ricrdo Miguelez. El sábado y el domingo, a las 19.30, en el Patio de la Fuente.

• *Colón, el desvío,* parte de las jornadas La Conquista, que acompañan la exposición. Esta obra teatral que dirige Nicolás Arévalo se presenta hoy a las 20 en el Auditorium.

### ESPACIO NIÑO

• *Un circo para imaginar,* de Beatros Iacoviello, con la dirección de Ricardo Miguelez. El sábado y el domingo, con dos funciones cada día —16.30 y 17.30—, en el Patio del Aljibe.

## CENTRO CULTURAL GENERAL SAN MARTIN

**Sarmiento 1551**

### TEATRO

• *El circo somos nosotros,* comedia musical infantil de Martín Gil, dirigida por Horacio Ranieri e interpretada por Nancy Besnalian y Miguel Angel Paludi. Todos los sábados y los domingos de enero a las 18, en la Sala Enrique Muiño.

• *Pasiones olvidadas (En el café y la Plaza),* obra creada, dirigida e interpretada por el Grupo Teatro Joven del Parque, premiado en el Primer Festival de Teatro de los Barrios Porteños. Todos los sábados de enero a las 21.30, en la Sala Enrique Muiño.

• *Rompejuegos,* espectáculo de clown con libro e interpretación de *Las No-sé-cuánto,* grupo integrado por Bettina Menegazzo y Aicila Rocca. Hoy y mañana a las 19, en la Sala Juan Bautista Alberdi.

• *Dinosaurios,* obra de Santiago Serrano, quien a la vez está a cargo de la dirección. Los domingos a las 20.30, en la Sala Enrique Muiño.

### CINE

• *Cineclub Infantil,* películas y cortos para niños que seleccionan Víctor Iturralde y Rosario Luna. Los sábados a las 18 en la Sala Juan Bautista Alberdi.

• *Video musicales,* ciclo que el 10 y el 11 a las 22 presenta en la Sala A-B un video sobre los Rolling Stone.

• *Ciclo de cine francés,* que se desarrolla todos los viernes de enero a las 21 en la Sala Juan Bautista Alberdi. Mañana se proyectará *Faga Allegro Vivace,* de Jean Renoir, con interpretación de Michel Simon.

## TEATRO MUNICIPAL GENERAL SAN MARTIN

**Corrientes 1530**

### CINE

• *Nuevo cine europeo,* ciclo organizado por la Fundación Cinemateca Argentina en la Sala Leopoldo Lugones del TMGSM, con "casi treinta films pertenecientes a las corrientes más actuales y provocativas del cine europeo". La agenda de los próximos siete días se desarrollará así: hoy, *Viaje a la esperanza* (Suiza, 1990), de Xavier Koller; mañana, *El vientre de un arquitecto* (Gran Bretaña, 1987), de Peter Greenaway; el sábado 18 y el domingo 19, *Orwell 1984* (Gran Bretaña, 1984), de Michael Radford en base a la novela *1984* de George Orwell; el lunes no hay función; el martes 21, *Permiso por una noche* (Gran Bretaña, 1986), de Chris Bernard; el miércoles 22 *Thérese* (Francia, 1985), de Alain Cavalier; y el jueves 23 cierra el ciclo con *Ojalá estuvieras aquí* (Gran Bretaña, 1986), de David Leland. Con tres funciones diarias, en todos los casos: a las 17.30, 20 y 22.30.

### MUSICA

• *Eduardo Lagos,* hoy a las 20.30 en el Hall Central, con la organización del Centro de Divulgación Musical (CDM) metropolitano.

## COMPLEJO TEATRAL ENRIQUE SANTOS DISCEPOLO

### TEATRO PRESIDENTE ALVEAR

**Corrientes 1659**

• *La loca de la colina de Caballito,* de Oscar Balducci en base a *La loca de Chaillot,* bajo la dirección de Villanueva Cosse. Desde hoy, se repone y con nuevos horarios: los jueves, los viernes y los sábados a las 21.30; a las 20.30 los domingos.

## MUSEOS MUNICIPALES

### MUSEO DE ESCULTURAS LUIS PERLOTTI

**Pujol 642**

• Patrimonio del museo, exposición abierta durante el verano de obras del escultor Luis Perloti. Se puede visitar de martes a sábado entre las 15 y las 19.

• Introducción a la arqueología americana, Introducción a la historia del arte argentino y Anatomía y dinámica del caballo en la plástica son los cursos que se dictarán en el museo durante el mes de febrero, sobre los cuales se puede averiguar informaciones varias en la sede del museo o al 431-2825.

### MUSEO DE ARTE ESPAÑOL ENRIQUE LARRETA

**Juramento 2991**

• *Patrimonio permanente del museo,* que se puede visitar de lunes a viernes de 9 a 13 y de 15 a 19.45, o sábados y domingos de 15 a 19.45.

• *Requetejuega, Dale que te canto* y *Pirulín pirulero,* tres obras infantiles de Santiado Doria, quien también las dirige, que se ofrecen los sábados y los domingos a las 16, las 17 y las 18, respectivamente.

### MUSEO DEL CINE PABLO DUCROS HICKEN

**Sarmiento 2573**

• Exposición permanente de cine argentino: afiches de films nacionales, cámaras, proyectores, vestuario del cine nacional y Sala María Luis Bemberg. De lunes a viernes entre las 10 y las 19.

### MUSEO DE ARTE HISPANOAMERICANO ISAAC FERNANDEZ BLANCO

**Suipacha 1422/44**

• *Exposición permanente del patrimonio:* platería religiosa, civil y rural del período virreinal, pintura e imaginería hispanoamericana.

• *España canta,* espectáculo musical con solistas del Teatro Colón, la actuación especial de la actriz Eloísa Cañizares, la dirección musical de Jorge Ugartamendia y la dirección general de Jorge Mazzini. Con la organización del Complejo Teatral Enrique Santos Discépolo. Los viernes, los sábados y los domingos a las 21, en la Capilla del Museo.

## VARIETE

• *Feria de Mataderos,* artesanías y tradiciones populares en la Recova del Mercado de Hacienda, Lisandro de la Torre y Avenida de los Corrales. Todos los domingos, de 11 a 19, se ofrecen destrezas gauchescas, talleres gratuitos —telar, tango, danzas folklóricas y muchos otros—, juegos tradicionales y comidas regionales.

• *Cuentos de amor y humor,* espectáculo de Ana María Bovo en base a relatos de diversos autores, según su selección. Todos los viernes y los sábados de enero a las 22 en el Foro Gandhi-Nueva Sociedad, Montevideo 453, donde también se dictarán durante el mes de febrero los cursos de *Realización en video (De la idea a la imagen),* doce clases teórico-prácticas sobre las distintas etapas para desarrollar una historia de video, y *Video cámaras,* ocho clases teórico-prácticas sobre el manejo y las diversas posibilidades de uso de las cámaras familiares de video. Sobre ambos cursos, organizados por el Instituto de Investigación y Promoción de Audiovisuales y Comunicaciones (IIPAC), se puede obtener información en el Foro Gandhi o a través del 49-6974.

• *Túneles coloniales, Manzana de las Luces, Colegio Nacional de Buenos Aires* y *Sala de Representantes* son algunos de los puntos del itinerario que todos los viernes a las 18 y todos los sábados y los domingos, a las 16 y a las 17, se puede recorrer en las visitas guiadas que parten de Perú 272, sede del Instituto de Investigaciones Históricas de la Manzana de las Luces.

• El Teatro Bululú de Rivadavia 1350 anuncia su programación —gratuita pero con gorra— para el fin de semana: el viernes, a las 21 *Destino de dos cosas o de tres,* bajo la dirección de K. Grasso; a las 23.15 *Por la cintura cósmica del Sur,* del humorista Horacio Rieznik; a las 0.30 *Menú del día,* bajo la dirección de C. Gallardou e interpretado por el grupo humorístico Los Pinchirulí; y a la 1.30 *El salvabache,* de A. Sverdkik; el sábado a las 21 nuevamente *Destino de dos cosas o de tres, a las 22 se repite el Menú del día,* a las 0.15 *Ejercicios para la mano derecha,* a la 1.30 *Clown sólo clown,* con Riky Bherens y a las 2.30 otra función de *El salvabache.*

• *Dos personas en escena,* para más datos Leo Masliah y Alina Gandini. Todos los sábados a la 0.30 en el Teatro Corrientes, avenida Corrientes 1632.